

La idea de «revolución sexual» ha surgido en nuestro tiempo como una parte del todo revolucionario, a partir de una hipótesis, que es ésta: si se considera la estructura rígida de las sociedades occidentales, se observará que las formas de represión sexual están basadas en normas conservadoras de esa sociedad. La célula familiar como base de la pirámide social —y política, en los estados corporativistas—, la regulación de los nacimientos —superproducción en los estados necesitados de brazos militares o laborales, reducción artificial en las nacimientos proletarias—, la conservación de las fortunas por matrimonios de conveniencia o la de castas —impermeabilización de clases sociales— por la unión de familias «equilibradas», el mantenimiento de razas por la endogamia, y en otros tiempos, las alianzas entre países por uniones matrimoniales entre casas reinantes, son algunos de los ejemplos que se alegan para mostrar que la sexualidad es una fuerza canalizada por grupos sociales para sus propios fines, y la persecución y condena de otra forma sexual no se realiza por el sexo en sí, sino para la mejor conservación de la estructura social. La revolución sexual sería, por lo tanto, una parte de la revolución general. El núcleo de estas ideas aparece en la obra —anterior a la guerra— de Wilhelm Reich —psicoanalista expulsado de la sociedad de psicoanálisis, comunista expulsado del partido, huido de Alemania por la persecución nazi, refugiado en Estados Unidos, donde fue encarcelado y sus obras destruidas—. En Rusia, la revolución adop-



# EL REGRESO DEL AMOR

Por PABLO BERBEN

tó esta forma de liberación sexual, de «amor libre», en los primeros días; poco a poco se fue cerrando, se regresó a un aparente puritanismo que representaba, en suma, la necesidad del nuevo estado de conservar su estructura social. Otro tipo de asaltos a las costumbres, normas y leyes sexuales procedió de los científicos. No tanto de la escuela freudiana, como se suele creer —Freud era en realidad un puritano, y no sólo en su vida; las formas originales del psicoanálisis son las de la adaptación del individuo a la sociedad dominante y por eso Reich aparece como heterodoxo, puesto que su tendencia era la de culpar a la sociedad y señalar al individuo como víctima—, sino más bien por ciertos antropólogos que combatían una idea firmemente arraigada en la sociedad occidental: la de que las costumbres sexuales en nuestra civilización eran las «naturales», es decir, estaban dictadas por la naturaleza del hombre y la función natural del hombre y la mujer. Los estudios de otras sociedades mal

conocidas y consideradas como salvajes, la desaparición del concepto de «salvaje» y la revalorización de esas sociedades hizo creer que esas costumbres de nuestra sociedad eran privativas nuestras, y en ningún modo naturales o únicas. Margaret Mead centra sus libros en esos puntos. La mayor parte de estas ideas son anteriores a la guerra mundial, pero han estado contenidas. Aparecen ahora en algunos de los pensadores modernos, como Marcuse, y brotan en los revolucionarismos juveniles, como los de las Universidades americanas y el Mayo de París. Algunos países, como los escandinavos —y especialmente Dinamarca—, están intentando experimentar si la revolución sexual puede hacerse sin que por ello sufran sus estructuras sociales de una manera grave. Son los mismos países que han intentado digerir el socialismo sin que se produzcan los cambios revolucionarios que se consideraban a él inherentes.

Sobre este fulgurante avance de la idea de «revolución sexual» en el mundo de Occidente se

había profetizado el fin del amor. Visto a esta luz, el amor era una fuerza de todos para todos y significaba el final de la pareja. Sobre la crisis de la pareja se ha escrito mucho y generalmente se ha atribuido a la crisis general de la sociedad, puesto que se partía de que la sociedad, con sus leyes y sus normas, era la única autora de la pareja y establecía su indisolubilidad. Pero he aquí que el amor, largo tiempo proscrito, reaparece. Hay en los últimos tiempos un reverdecimiento, en la literatura, en el cine y en el teatro, de la exaltación del amor, y precisamente del amor en forma de pareja. Los sociólogos no pierden de vista el tema, y uno de los más leídos, el americano Vance Packard, acaba de publicar un libro, «El sexo salvaje», donde señala, con estadísticas, encuestas y análisis, esta reaparición, por lo menos en su sociedad. La idea general de Vance Packard es que el hombre o la mujer que han llegado a hacer su propia «revolución sexual» no han conseguido liberarse de las represiones, sino que, por ▶



## EL REGRESO DEL AMOR



el contrario, las han transferido. ¿A quién? A su compañero. La forma general de este amor es la de la fidelidad. La tesis de esta escuela es que las relaciones sexuales libres no son satisfactorias ni completan. Necesitan de la subjetivación del compañero. Los que han prescindido de ideas religiosas deifican al compañero —o sea, le transfieren la carga de que han creído liberarse—; quienes creen que no obedecen a ninguna ley o a ninguna moral, no hacen en el fondo más que individualizar, personalizar la ley o la moral en la persona del compañero elegido, y su lealtad o su fidelidad a él, en la constancia a él. La tesis de Vance Packard es que en los sectores —que son los que él ha estudiado— inmersos en la revolución sexual, los «tabús» no han desaparecido, se conservan íntegros, y lo que ha cambiado es el concepto o el denominador.

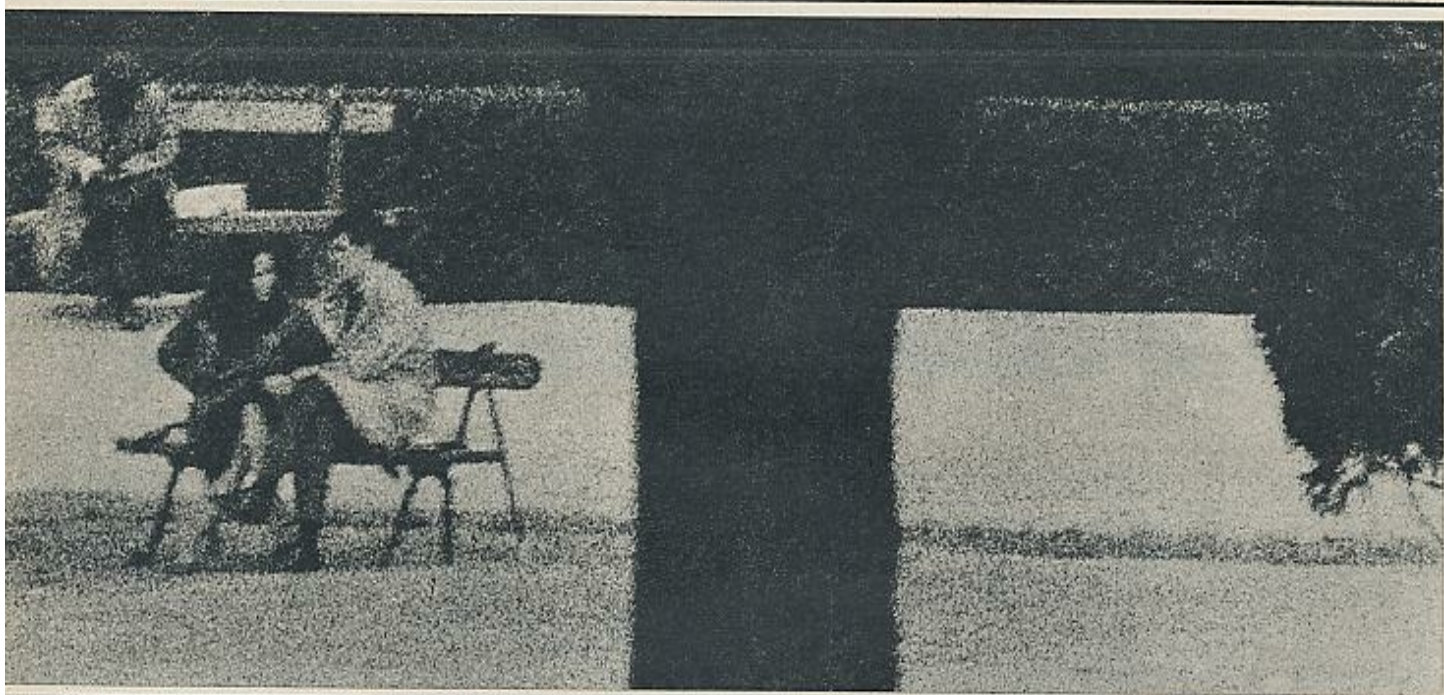
La idea no es nueva. Hace tiempo que sociólogos, científicos y psicólogos se emplean en estudiar este fenómeno del amor y del sexo, y sus consecuencias no son siempre las de Reich o Marcuse. Para Gustave Thibon («La crise moderne de l'amour», París, 1953), el problema actual es el de que la sexualidad se ha querido apoderar de algo que no le corresponde, como es la sublimación, «ese halo de imágenes de sentimientos y de

deseos que se polarizan en torno al sexo», pero que no son específicamente sexuales. «La sexualidad humana, como todas las grandes pasiones, tiende sin cesar a hacerse exclusiva, tiene apetitos totalitarios, se apodera de elementos que, en derecho, no le pertenecen. La sublimación es una restitución de equilibrio mejor que una metamorfosis». Arnold Gehlen, de la escuela conservadora alemana, suponía también (en 1952) que existe una transferencia de los «tabús» del hombre, pero que esta transferencia no es consoladora. «Desde que los hombres no tienen que sufrir por las injusticias de la civilización, las neurosis se acentúan y los hombres llegan a sufrir por sí mismos». El punto de vista optimista de esta frase —por la fecha y el lugar en que está formulada, se supone que el profesor creía que el final del nazismo abriría una nueva sociedad justa— es de suponer que la civilización ya no causa sufrimientos exteriores. Para Max Scheler —en los años anteriores a la guerra— el amor es una «simpatía» —en el sentido psicológico de la palabra— que aparece antes que el sexo: «Es una condición previa y no una consecuencia de la pulsión sexual». Buerger-Prinz señalaba la individualización del compañero —esto es, el amor— como base de la relación, mucho antes de que lo

haya hecho Packard. Es decir, defendía el amor de pareja frente al de todos para todos. En sus obras sostenía que la falta de individualización conducía a las perversiones sexuales (la idea de perversión tiene otro contenido en los científicos de hoy) hasta el punto de poder conducir «a actos de violencia, incluso al crimen». La defensa directa, concreta, de la sexualidad como parte integrante de la sociedad actual —es decir, la posición que llamaríamos contrarrevolucionaria— («Sociología de la sexualidad»), que sostiene la posición de que el hombre «no adquiere su valencia más elevada más que cuando se desprende de su personalidad en provecho y beneficio del objeto, y adaptándose a las instituciones». Es el modelo perfecto del conformismo social. Se apoya en el antes citado Gehlen, al que merece la pena citar un poco largamente, puesto que resume bien las ideas contrarias a la revolución sexual: «Entre un hombre y una mujer, una relación amorosa, por apasionada, por rica y exaltante que sea, no puede mantenerse en tanto que "pathos" psíquico más que en los más raros casos. Por consiguiente, es imposible construir nada sólido más que sobre elementos subjetivos. El elemento biológico, las consideraciones económicas, la descendencia y las necesidades esenciales de

la existencia son los elementos más fuertes. Por esa razón, la relación amorosa debe hacerse más objetiva, materialista, y debe transformar esta exclusividad generalizándola, en una palabra, que se refiera a una institución (el matrimonio), precisamente cuando esos dos seres desean no ser extraños el uno para el otro y permanecer unidos. El ser humano no puede mantenerse en una relación perdurable con sus semejantes más que indirectamente. Está obligado a exteriorizarse pasando por un camino de rodeo y volver a encontrar en cierta forma, y es en ese punto donde intervienen las instituciones (...). Las instituciones como el matrimonio, la Iglesia y el Estado, que ciertamente separan al hombre de su subjetividad inmediata dándole una subjetividad más elevada, por el hecho de haber experimentado las exigencias del mundo y de la historia, al mismo tiempo que le protegen contra sí mismo, le dejan la posibilidad de alcanzar una capacidad psíquica más elevada, sin por ello comprometer su libertad».

Este breve paseo nos hace ver una serie de contradicciones extrañas. La más aparente es que los dos polos opuestos, que pueden ser Reich y Gehlen, vienen a coincidir inversamente. Sólo o basta sustituir los términos. Para Reich, la formación de la pareja libre debe hacerse en fun-



ción de una manera de entregarse a la libertad excluyendo los sentimientos personales que no deben tener razón de existir; para Gehlen, los sentimientos personales tampoco tienen razón de existir y la formación de la pareja debe hacerse en función de unas instituciones. En realidad, uno y otro no tienen en cuenta más que dos formas distintas de sociedad. La exclusión del amor está patente en uno y en otro.

Erich Fromm parte precisamente del supuesto contrario. Su libro «El arte de amar» («The art of loving», World Perspective Series, New York) es uno de los más leídos de estos tiempos. Fromm no se pronuncia en pro ni en contra de las instituciones. Para él, el amor humano existe por sí mismo, y puede existir de una manera indiferente al —digamos— «régimen» social al que esté sometido, siempre que cumpla unas condiciones previas. La más esencial es la de ser, realmente, amor. Cree que el amor parte de una «libertad», y que el ejercicio de esa libertad —no se refiere a la sexual, sino a la de elección y selección, en contraposición a los matrimonios forzados de la era victoriana, cuyas premisas, en el fondo, son las que sostiene Gehlen— conduzca al matrimonio, a la formación de la pareja. «Si dos personas que son desconocidas la una para la otra,

como lo somos todos, dejan caer de pronto la barrera que las separa, y se sienten cercanas, se sienten uno, ese momento de unidad constituye uno de los más estimulantes y excitantes de la vida. Y resulta aún más maravilloso y milagroso para aquellas personas que han vivido encerradas, aisladas, sin amor». Pero es un instante engañoso. Puede conducir a la idea de que el amor es fácil cuando, según Fromm, es enormemente difícil. Su propio título lo dice: es un arte. Para él, el hombre es «vida consciente de sí misma» y ello le lleva al concepto de la «separatividad» («separateness», o estado de separación), de su calidad de entidad separada, en cuyo nacimiento y en cuya muerte no interviene su voluntad y está desvalido frente a las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad. «La solución plena está en el logro de la unión interpersonal, la fusión con otra persona. En el amor». Pero, ¿cómo realizar la unión interpersonal? Es «la unión a condición de preservar su propia integridad, la propia individualidad» y la continuación de lo que llama «una actividad». «El amor es una actividad, no un simple afecto pasivo, es un "estar continuando", no un "súbito arranque". En el sentido más general, puede describirse que el carácter activo del amor es fundamentalmente "dar", no "recibir"». Pero hay que enten-

der lo que significa «dar». «En el acto mismo de dar experimento mi fuerza, mi riqueza, mi poder. Tal experiencia de vitalidad y potencia exaltadas me llena de dicha. Me experimento a mí mismo como desbordante, pródigo, vivo y, por lo tanto, dichoso. Dar produce más felicidad que recibir, no porque sea una privación, sino porque en el acto de dar está la expresión de mi vitalidad». «Dar» tiene un sentido, también, de «producir». «El amor es un poder que produce amor, la impotencia es la incapacidad de producir amor». Además de dar, Fromm señala otros cuatro elementos característicos del amor: «cuidado», «responsabilidad», «respeto» y «conocimiento». Insiste especialmente en el conocimiento. «En el acto de amar, de entregarse, en el acto de compenetrarse con la otra persona, me encuentro a mí mismo, me descubro, nos descubre a ambos, descubro al hombre». Fromm se manifiesta contra Freud en cuanto a autor de un error: el de ver en el amor exclusivamente una expresión, o una sublimación, del instinto sexual «en lugar de reconocer que el deseo sexual es una manifestación de la necesidad de amor y de unión». Frente a Freud, como exponente del capitalismo típico de los comienzos de siglo, esgrime a Sullivan, contemporáneo —pero ya fallecido—, con esta frase: «Intimidad es un tipo

de situación que comprende a dos personas y que permite la validación de todos los componentes de la excelencia personal». Pero el concepto de Sullivan aún es seco, economista. Es la unión «de dos personas que aman sus intereses comunes y se unen frente a un mundo hostil y enajenado», cuando Fromm cree que el amor no debe referirse a las «necesidades manifiestas» de dos seres, sino a las «necesidades inexpressadas». La conclusión general de Fromm no es optimista. «Analizar la naturaleza del amor es descubrir su ausencia general en el presente y criticar las condiciones sociales responsables de esta ausencia. Tener fe en la posibilidad del amor como un fenómeno social y no sólo excepcional e individual es tener una fe racional basada en la comprensión de la naturaleza misma del hombre».

Sin embargo, el hecho mismo de que este libro se esté difundiendo y traduciendo a todos los idiomas ahora, y no precisamente cuando fue escrito, ¿puede significar que hay un renacimiento del amor como él mismo lo ha descrito o analizado? ¿Coincide con el texto de Vance Packard? Son conclusiones difíciles de adoptar, sobre todo en una sociedad continuamente mutante y sometida a modas y reflejos. ■ P. C. Fotos: XAVIER MISERACHS.